

Meditaciones para arquitectos

Reflexiones sobre el espacio y el tiempo, el pasado y el presente de la ciudad de Santa Cruz y sobre su entorno, su paisaje y su gente.

En mayo de 1995 tuvieron lugar, organizadas por la carrera de Arquitectura de la UPSA, unas Jornadas Taller, con el sugestivo título de: "Las Calles del Tiempo", y la aclaración de tratarse de las memorias encontradas entre la producción narrativa de autores cruceños relevantes y la arquitectura de la tierra.

El objetivo era analizar la producción literaria cruceña y extraer de ella las narraciones que describen los diferentes espacios arquitectónicos y urbanos de la ciudad de Santa Cruz y sus cambios a través del tiempo.

ESPACIO Y TIEMPO

Espacio y tiempo, son,

según Kant, medidas de nuestra sensibilidad, formas de nuestra conciencia anteriores a toda experiencia y categorías mentales fuera de las cuales, no es posible ninguna vivencia psíquica, clara y duradera.

En esa oportunidad me correspondió analizar la narrativa de Gabriel René Moreno (1836-1902) y Hernando Sanabria Fernández (1909-1986), en relación con el espacio y el tiempo en la arquitectura regional.

No tuve la oportunidad de hacerlo, como hubiera deseado, sobre los escritos de otro cruceño ilustre, **Manfredo Kempff Mercado** (1922-1974), abogado de profesión, filósofo de vocación y uno de los hombres que mejor y

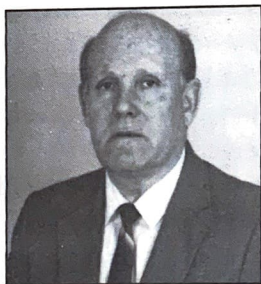
más profundamente conoció y captó los patrones culturales y los avatares y recovecos del alma cruceña.

He aquí la oportunidad para especular de la mano del "Filósofo de los Valores y de la Cultura", sobre el espacio y el tiempo, el pasado y el presente de la ciudad de Santa Cruz, sobre su entorno, su paisaje y su gente.

Para comprender un pueblo hay que comprender al hombre y, como escribiera don Manfredo: "Mientras la polis es más pequeña, el polítés, (el ciudadano), es más auténtico".

Santa Cruz ha crecido desmesuradamente. De una aldeota, pasa a ser una metrópolis, sin casi pasar por la "polis". ¿Habrán perdido, la ciudad y sus

Marcelino Pérez
Fernández.
Psicólogo y Pedagogo.
Investigador e
Historiador.
Docente UPSA.



habitantes, "autenticidad"? O más bien, como se estila ahora, ¿No habremos perdido "identidad"? Manuel Kant (1724-1804), llama "Estética Transcendental" a la parte de su filosofía que se refiere a la percepción sensible. Los sentidos nos proporcionan sensaciones. Estas son ordenadas por las formas "a priori" de nuestra sensibilidad, es decir, el espacio y el tiempo. Nada percibimos fuera del tiempo y del espacio. Espacio y tiempo no son realidades físicas, sino formas de nuestra capacidad de percibir, son formas de intuición. El espacio es la forma "a priori" de nuestra sensibilidad externa y el tiempo es la forma "a priori" de nuestra sensibilidad interna. La sensibilidad suministra sensaciones ordenadas por sus formas "a priori", al entendimiento. La función del entendimiento es la síntesis, o sea la unificación de la multiplicidad. Pero ésto ya atañe a la Analítica Transcendental. Guiados por la luminosa precisión metafísica de estos

conceptos, abordemos el pensamiento de Kempff Mercado a través de tres de sus trabajos menos conocidos.

PASADO FELLAHICO

El primero es: **Santa Cruz y la Vida Histórica.** (El Diario, La Paz, 23,X,1966). Hasta hace pocos años se presentía que en Santa Cruz había oculto un futuro que se gestaba lentamente. En esta forma Santa Cruz se dejaba sentir dentro del concierto nacional por lo que iba a ser.

La circunstancia telúrica determinó, o más propiamente, condicionó, la conciencia del habitante de Santa Cruz. A su orgullo racial se añadió la seguridad de ser dueño de la naturaleza más prodigiosa. Dios le había regalado, y no sólo prometido, una tierra paradisiaca.

Spengler (1880-1936), aurúspice de la Historia, acostumbrado a leerla en sus vísceras, nos habla de una vida fellahica, como preámbulo a toda cultura. En aquella no hay más que paisaje, naturaleza descubierta y olor a campo. No podríamos decir, con Spengler, que Santa Cruz naciera del campo. Su fundación, en tiempo de la conquista, obedeció a razones políticas. Pero si no nació en el campo, vivió de él. Su madre fue la política de los Reyes Católicos, y su nodriza la naturaleza del entorno. Santa Cruz, como quizá ningún otro pueblo, se introyectó en el paisaje. De ahí que, en rigor, Santa Cruz nunca llegó a ser ciudad. El paisaje no se limita a envolverla, sino que la inunda por sus diferentes costados. El cruceño vivía saturado por la naturaleza que lo atravesaba. Como un niño ingenuo y orgulloso muestra su primer diente, Santa Cruz mostró el día de sus efemérides su primera calle pavimentada... Las demás calles guardan la misma arena por la que transitaron los conquistadores españoles hace más

Santa Cruz ha crecido desmesuradamente. De una aldeota, pasa a ser una metrópolis, sin casi pasar por la "polis". ¿Habrán perdido, la ciudad y sus habitantes, "autenticidad"? O más bien, como se estila ahora, ¿No habremos perdido "identidad"?

de cuatrocientos años. La circunstancia telúrica determinó, o más propiamente, condicionó, la conciencia del habitante de Santa Cruz. A su orgullo racial se añadió la seguridad de ser dueño de la naturaleza más prodigiosa. Dios le había regalado, y no sólo prometido, una tierra paradisíaca.

De ahí la manera tan peculiar de encontrarse el hombre cruceño insertado en su tierra. Y como sobre el andaluz ha observado Ortega y Gasset (1883-1955), también todo cruceño tiene la maravillosa idea de que ser cruceño es una suerte loca con que ha sido favorecido. Tal vez sea ese el motivo para que el cruceño viva tan satisfecho en su pueblo y le interesa poco asomarse un rato el perfil por la ventana para ver qué sucede allende su paisaje. De ahí que el cruceño sea el peor turista del planeta y que sus viajes concluyan con un precipitado regreso al solar nativo.

El cruceño se desliza por las fronteras extrañas pletórico del propio paisaje que siempre lleva dentro... En el fondo de su alma, que va estableciendo caprichosos paralelos, compadece a esos extraños personajes de las grandes urbes que ni siquiera han oído hablar de Santa Cruz.

Atónito el cruceño de hoy descubre que el progreso tiene

un anverso demoledor de lo viejo. Y lo viejo es la naturaleza que lo nutrió desde el remoto pasado fellahico. Ahí está el paisaje en permanente fuga ante el avance de lo nuevo.

Lo viejo se repliega para soterrar en la historia todo cuanto amó y escuchara amaron sus abuelos. El progreso no

Si bien la función originaria y principal de la hamaca es el descanso que brinda a quien se sumerge en ella, posee además un atributo superior: apacigua el ánimo. Aquél movimiento que no es movimiento, ese Heráclito (540-480 a.C.) contra Parménides (504-456 a.C.), ese batirse pendular sincrónico, actúa como sedante sobre el alma.

respetar los recuerdos, sino que se empuja sobre ellos para beber el futuro. Lo nuevo se adelanta con desenvuelto paso de gimnasta para arribar en su carrera a la meta propuesta. Entre ambos extremos el hombre se ve sometido a una tensión enorme. Permanecer

atrás es elegir los recuerdos que significan la muerte. Avanzar es olvidar la historia para vivir. Un exceso de ésta paraliza el brazo de quien actúa. El desafío está lanzado y no caben prudentes retornos. Santa Cruz desplegará la inmensa fuerza que supo acumular durante cuatro siglos de espera.

APORIA GUARANTICA
En segundo término, revisamos un raro trabajo de don **Manfredo: El cruceño y las hamacas** (El Mundo, S. Cruz, 30.IX.1984). El tiempo histórico no podía quedarse indefinidamente petrificado en la gélida cordillera, como un cóndor esculpido en la cresta de algún picacho. La movilidad del espíritu que anima la Historia, tendrá algún día que agitar sus alas para ponerla en marcha hacia nuestro encuentro. La hamaca, gyuka en guaraní, única herencia visible de nuestro ancestro autóctono, simboliza cabalmente dicho período. El movimiento pendular de este curioso útil, causa una impresión extraña.

Nos movemos, pero no avanzamos; como la flecha en la célebre aporía (sin camino), de Zenón (490-430 a.C.). Contra lo que ignorantemente se dice de la hamaca sólo pudo haber sido imaginada por un pueblo activo. Si bien la función originaria y principal de la hamaca es el

Atónito el cruceño de hoy descubre que el progreso tiene un anverso demoleedor de lo viejo. Y lo viejo es la naturaleza que lo nutrió desde el remoto pasado fellahico. Ahí está el paisaje en permanente fuga ante el avance de lo nuevo.

descanso que brinda a quien se sumerge en ella, posee además un atributo superior: apacigua el ánimo. Aquél movimiento que no es movimiento, ese Heráclito (540-480 a.C.) contra Parménides (504-456 a.C.), ese batiarse pendular sincrónico, actúa como sedante sobre el alma.

Es la aporía de Zenón traducida al guaraní. Por eso el cruceño, durante más de una centuria se ocupó de levitar. El instrumento mágico lo tenía a mano: la hamaca.

Si la hamaca da serenidad de ánimo es porque al mismo tiempo aviva el pensamiento. No en vano Descartes (1595-1650) nos cuenta que acostumbraba a recostarse para pensar mejor.

La aporía de la hamaca, movimiento que no avanza, retrataba magistralmente la absurda situación histórica del cruceño.

Gracias a la virtud de serenar el ánimo, la hamaca concedió al cruceño el invalorable don de saber esperar. La espera duró cerca de ciento cincuenta años. Los forasteros, nacionales y extranjeros que visitaron Santa

Cruz, antes de los últimos lustros y que luego han regresado, al no enfangarse como entonces aun en las calles céntricas de la ciudad, se sorprenden de tanto adelanto. ¡Cuando de lo que deberían sorprenderse es del atraso de dicho adelanto!

TIERRA PROMETIDA

En un tercer trabajo: **Santa Cruz Internacional** (El Mundo, S. Cruz, 7.X.1984), vuelve Kempff sobre el tema. El tiempo vital del cruceño se ha achicado al agrandarse la ciudad. La intelectualidad literaria, artística y filosófica, más que por su presencia, se deja sentir por su ausencia. La Historia, que *facit saltus*, ha descrito una acrobacia inaudita sobre nuestro antiguo territorio. El viejo mesianismo cruceño, heredado del similar andaluz, persistió a través de cuatro siglos en la idea de ser la tierra prometida. Si a algún cruceño antiguo se le hubiera ocurrido hacer un jardín botánico, seguramente que se le hubiera replicado: ¿Por qué no intenta más bien usted hacer una ciudad? Santa Cruz se ha desprendido de su viejo ropaje

natural y ensaya uno nuevo. Como todo cambio, también éste implica crisis.

Hay quienes preferirían continuar viviendo en el jardín botánico, in status naturae, que visitarlo como turistas en día feriado. El paisaje, lo sabemos bien, como natura naturata, interesa sólo secundariamente al hombre. Lo decisivo radica pues, no tanto en lo que se retira, cuanto en lo que se pone. El bosque artificial ya no forma parte de la naturaleza. Hasta aquí la meditación. Disfrutemos de Santa Cruz en septiembre, en octubre..., y en febrero. Preparémonos adecuadamente para la Cumbre de las Américas que se avecina.✕